

## DO UT DES

Era martes. El último martes de mayo. Uno de esos días dorado, largo y cálido. La tarde transcurría lenta desde la ventana del cuarto de invitados. Apenas había nada para distraerse y olvidar, aunque fuese por un rato, las últimas noticias y la necesidad de tomar decisiones. Aquella semana, de obligado reposo, ni ella misma se explicaba por qué había establecido en el lugar menos acogedor de la casa su refugio.

Maika se le acercó moviendo el rabo. La perra, ya mayor, seguía manteniéndose fiel y vital. Harta de perder el tiempo, su dueña aprovechó para bajarla a la calle. La noche, que a finales de primavera se hace siempre de rogar, las pilló paseando.

Cuando se percató de la hora, la mujer paró en seco. Su corazón se aceleró como si las agujas del reloj le avisaran de que no le quedaba más tiempo. Dio media vuelta, esta vez con paso firme y veloz, y aceleró su mente hasta situarla al compás de su cuerpo. Plantó cara al miedo que le había acompañado en los últimos meses. La sociedad, el ritmo frenético y las necesidades artificiales, se decía a sí misma, habían alterado el orden natural de las prioridades. Después de tantos años de alimentar al sistema con su trabajo incesante, su cuerpo se había olvidado de hacer aquello para lo que -supuestamente- fue diseñado. “Sus análisis hormonales, señora – había dicho el doctor con los ojos clavados en la pantalla del ordenador-, están perfectamente. Seguramente sea el estrés lo que provoca su amenorrea. Es difícil asegurarlo. Si en algún momento desea tener hijos puede recurrir a la ovodonación. Elena, la enfermera, puede explicarle en qué consiste esta técnica que sólo en nuestro centro cuenta ya con un porcentaje de éxito del 75%”.

Así que la ansiedad por rendir en sus estudios, rendir en su trabajo y, en fin, rendir en la vida para contribuir a la sociedad, a su sociedad, obligaba a Teresa a recurrir a su sociedad, a la sociedad, para pedirles algo tan mundano como un óvulo.

Sacó las llaves del bolsillo de la chaqueta mientras Maika se acercaba al alcorque de enfrente del portal. Cinco minutos después, atravesaba la puerta de casa para dirigirse al cuarto que compartía con su marido. Encendió la luz y lo despertó. “Tienes razón” – le dijo. “Seremos padres”.

Se acostó pensando que, hasta ahora, la palabra *donación* solo le evocaba un negocio jurídico más, por ejemplo, un acto libre de impuestos en la Comunidad de Madrid. Sin embargo, a partir de ese momento, se planteó qué significaba realmente la palabra *donar*. Buscando en el diccionario, se dio cuenta de que su origen estaba relacionado con la palabra don. *Don* es lo mismo que regalo y también que “gracia especial para hacer algo”, o lo que es lo mismo, actitud.

Por fin todo cobraba sentido. Teresa empezó a percibir que lo que recibiría, más allá de un óvulo, sería la oportunidad para adoptar la actitud de madre de familia. ¿Qué es ser madre aparte de ser la mujer que concibe un hijo? Es ser hogar, protección, alimento y

vida. “¡Esa es la actitud que recibo con la donación!”, - se dijo. “Y yo también seré alimento y vida para los demás. Seré donante”, - concluyó.

\*\*

Dieciocho meses más tarde, Luciana esperaba el primer metro de la mañana. Llevaba una bolsa con ropa limpia, compresas topológicas, un cargador y un táper de arroz atollado. Había pasado por casa de una compañera de trabajo el tiempo justo para ducharse y echar una siesta. De hecho, aún tenía el pelo mojado. Los minutos de secador eran prescindibles, como lo eran también los de cocinar o atender llamadas. Salir del hospital y separarse de la incubadora le hacían sentirse culpable.

Dejó atrás la estación de Embajadores recordando su Nariño natal. “Mi madre con mi edad había dado a luz a cuatro hijos y nunca pidió ayuda ni para amamantarlos ni para criarlos” – pensó. “Eso sí que es ser fuerte”.

Una preeclampsia en la semana treinta y uno había interrumpido el embarazo de Luciana, motivo por el que su hija Isabella apenas había alcanzado el kilo doscientos cuando nació.

Desde el día del parto Luciana se sentía exánime. Notaba temor al quedarse a solas con su bebé. Se veía incapaz de actuar como madre, incluso creía que su cuerpo confirmaba sus sospechas al no proporcionarle leche para alimentar a Isabella. En el hospital la habían animado a visitar a un psicólogo para ayudarla con la depresión postparto, así como a aceptar leche de donantes altruistas para que la niña creciera con más fuerzas.

Con la mirada perdida y las piernas temblando, Luciana se apeó en la estación de Begoña. Mientras cruzaba el vestíbulo del hospital, comprendió que ser fuerte no era hacerlo todo sola, sino aceptar las ayudas que necesitaba para ella y para su bebé.

El ruido de las puertas del ascensor al abrirse interrumpió su reflexión. “¿A qué piso va? - preguntó Luciana. “A Lacto-dietética, en la segunda” – contestó Teresa, al tiempo que abría la cremallera de la neverita que portaba en la mano. En el ascensor, repleto de personal sanitario y de pacientes, se encontraba Elena, enfermera del equipo de reproducción asistida, que sonrió al escuchar las palabras de Teresa.

En el minuto escaso que duró el viaje en ascensor, Elena pensó para sí cómo el ascenso de un solo piso - del primero (reproducción asistida) al segundo (lacto-dietética) – reflejaba el crecimiento personal de Teresa, el paso de recibir a dar.

La donación de leche materna potenciaba en Teresa su actitud de madre, esa forma particular de tratar al mundo con ternura, amor y fuerza, con la que muchas personas simplemente, nacen. Teresa, con su particular *don* de cuidar y de sostener a conocidos y desconocidos, había recibido la oportunidad de entregarse a un hijo gracias a una

donante. Con la concepción de su bebé recibió también el regalo de entender la donación y, ahora, había encontrado una nueva forma de ser sustento y de abrigar cada uno de sus proyectos vitales.

Luciana, tras recibir la donación de leche para alimentar a su hija Isabella, cambió su percepción de ver la maternidad, de concebir la familia y de hablarse a sí misma. Este gesto de alimentar con leche de una donante, lejos de avivar su miedo a no ser capaz de criar, fortaleció su autoestima. Convertirse en cuidadora no es sólo proteger, sino también saber pedir y aceptar ayuda para poder hacerlo en las mejores condiciones. Mientras daba el biberón a su pequeña asumió que la equivocación es parte del proceso, que el vínculo con su hija se forjaría a lo largo de una vida y en millones de gestos, y que se puede ser hogar y alimento, aunque el cuerpo no responda.

\*\*

Algunos años más tarde, en el aparcamiento de un centro comercial, Teresa y un grupo de voluntarios recolectaban ropa de abrigo. Su hijo Valentín, en una mesa improvisada, coloreaba carteles con el resto de los niños de la ONG. “Valen, ¿un bocadillo de queso?” – preguntó una voz. El niño levantó la cabeza del dibujo y contrajo el músculo que frunce la nariz y arruga los párpados en señal de asco. Teresa lo miró de reojo y no pudo evitar sonreír. “Hace el mismo gesto que yo cuando huele el queso. Cualquiera diría que no nos parecemos” – pensó con cariño de madre. A menudo le preguntaban de quién había heredado Valentín los ojos verdes y las abundantes pecas, que contrastaban con la tez morena de ella y de su marido. Para Teresa, los rasgos de su hijo, además de únicos, eran el mayor símbolo de humanidad.

“¡¡Mamá, es por allí, sígueme o te perderás!!” Los gritos de una niña sacaron a Teresa de su ensimismamiento. “¡Isabella, dame la mano!” – se oía a lo lejos. Madre e hija atravesaban la explanada en la que se situaba el aparcamiento en dirección al punto de donación de sangre. ¡Qué niña tan guapa! – exclamó el enfermero. “De mayor quiero ser tan valiente y buena como mi mamá”- contestó Isabella. Luciana contuvo las lágrimas. Sentía que se había convertido en la mujer que siempre quiso ser: fuerte y generosa, como lo había sido su madre antes que ella, pero, sobre todo, un ejemplo para Isabella.

Respiró profundo. Recordó cómo sufrió las noches que Isabella pasó en el hospital. Cuán necesaria fue la ayuda que recibieron madre e hija. Nunca más estuvo sola para criar a Isabella ni para crecer como madre.

Las ideas de comunidad, de dar y de recibir, de expresar al máximo las aptitudes y, en fin, de desarrollarse como individuo nacieron en Teresa y en Luciana. ¿Yo doy para que tu des y, por tanto, todos demos: “*do ut des*”?